

# Las familias expulsoras de niños y niñas hacia la calle

Elvia Taracena Ruiz<sup>i</sup>

## Introducción

La familia representa un espacio de socialización y de estructuración psíquica; ahí se crea un ambiente seguro en donde la niña o niño<sup>ii</sup> se desarrolla, pero a la vez, la presencia de distintas patologías hacen que de joven no encuentre un espacio de existencia en ese grupo y termine abandonándolo. En este artículo expondremos algunos elementos que ayuden a comprender el papel de la familia en la vida de los hijos y en su “expulsión” a la calle.

Esta aproximación se hace desde una perspectiva socio-clínica, a través de la cual podemos analizar las condiciones de los sujetos desde dos niveles íntimamente relacionados: el de las condiciones sociales y el de la estructuración psíquica del sujeto. Desde la sociología clínica se analiza la existencia humana a partir de tres miradas: la sociología de Pierre Bourdieu, el psicoanálisis —en particular la perspectiva de Sigmund Freud— y el existencialismo de Jean Paul Sartre.<sup>1,2</sup> Los referentes teóricos utilizados en esta aproximación pertenecen a varias disciplinas, ya que se nutre de la antropología, la historia y la etnografía, entre otras.

En otros estudios hemos desarrollado la relación de la socio-clínica con la sociología clínica y la psico-sociología, en particular, la desarrollada en Francia;<sup>3</sup> sin embargo, preferimos utilizar el término socio-clínico que pone el acento en la multireferencialidad y la transdisciplinariedad, lo que nos permite comprender las condiciones particulares de un país como México y en específico, del Distrito Federal.

En general, las instituciones como la Familia, la Escuela, la Iglesia y otras agrupaciones socio-culturales, funcionan

como medios de transmisión al sujeto singular; con esta herramienta analítica, se trata de interrogar a ese espacio social y al desarrollo singular del individuo, además de las estructuras que establecen mediaciones entre estos dos niveles.

En los casos de las “familias expulsoras” de niños y niñas a la calle, concentran condiciones de dificultad social y de dificultad personal. Muchas de ellas migraron a la Ciudad de México desde hace varias generaciones y no han conseguido un espacio social para desarrollarse. Viven en condiciones de precariedad, pues sus integrantes llegan a carecer de trabajo formal o están insertos/as en la economía informal; además de que se llega a encontrar violencia física y verbal, alcoholismo u otro tipo de adicciones.

## La familia como espacio psíquico y estructura de transmisión de lo social

Una de las funciones de la familia, aparte de la protección y cariño que debe procurar al niño, es la socialización; en su seno aprende las formas de relacionarse con las y los otros, lo permitido o no, y lo que se espera de ella/él. Pero la familia no está aislada: su funcionamiento y cómo garantiza lo transmitido, depende del medio social y cultural donde se encuentra.

Los aspectos sociológicos se anudan de esta manera a los psicológicos; la pertenencia a una clase social, a una cultura o a una religión determinan los valores, la forma de concebir a la familia, las reglas, los límites y los medios para establecerlos. Así, la educación del niño varía dependiendo el momento histórico y las pertenencias social y cultural.

<sup>i</sup> Profesora-investigadora de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México. Correspondencia: etaracena@yahoo.com

<sup>ii</sup> Nota de la Revisión Técnica: Aunque en esta revista se aplica lenguaje incluyente, debido a la estructura de este artículo y los conceptos que maneja, se consideró conveniente respetar —en la mayoría de las ocasiones— el género gramatical masculino en términos frecuentemente usados: sujeto, individuo, niño, adolescente, joven, muchacho, chico e hijo, con la claridad de que se incluye a mujeres y hombres con las especificidades que les son propias. La determinación se tomó para facilitar la lectura.

Un ejemplo es la forma como se concibe la función del padre y de la madre, y el tipo de relación que se establece entre ellos y las/os hijos. Los límites de lo permitido, de la forma de comportarse socialmente, son diferentes en cada país, en cada cultura, en cada clase social y en cada familia. La niña o niño son producto de estos vínculos complejos y aprende de las contradicciones entre estos registros.

En cuanto a la ideología y estereotipos de género, cada cultura presenta manifestaciones específicas; en nuestro país, en general, el machismo se ha transmitido tanto por las madres, como por los padres que educan a sus hijos varones para ser servidos y para ordenar, y a sus hijas para ser sumisas y servir, proceso que puede ser reforzado —o cuestionado— desde su entorno social y cultural. En ese sentido, afortunadamente, a través de la educación y de la independencia económica de las mujeres, entre otros factores, esa situación está cambiando.

En la infancia se incorporan, a través de los *habitus*, las formas de ser en el mundo. El *habitus* es el resultado de un conjunto de prácticas constituidas a lo largo del tiempo y capitalizadas en función de su pertinencia, por haber aportado respuestas a condiciones concretas de la existencia en un momento dado y transmitidas de generación en generación.

Son como un cierto tipo de programas históricamente contruidos que le indican al individuo maneras de ser y de comportarse en situaciones sociales.<sup>4</sup> Una persona que incorpora su historia se expresa por *habitus*. Bourdieu habla de incorporación de la historia cuando el trabajo de inculcación y de interiorización hace que el *habitus* forme parte integrante de la persona.<sup>5</sup> Este sistema de disposiciones se inscribe en el cuerpo, en el psiquismo, en las maneras de hablar, de moverse, de caminar y de invertir el cuerpo, que caracteriza el conjunto de actitudes y conductas de cada una/o de nosotras/os.

Bourdieu menciona los capitales social, cultural, simbólico y económico<sup>5</sup> con los cuales se nace: no es lo mismo ser hijo de obrero, profesor universitario, político o aristócrata; en cada una de estas situaciones, la o el niño parte de bagajes diferentes para construirse dentro de la familia, aunque también hay un lugar para la singularidad. Por esto, no todos los hijos de una pareja responden de la misma manera, cada uno de ellos busca ser ella o él mismo dentro de los mandatos recibidos por su madre y padre.

Hay familias en donde se favorece la comunicación verbal y en otras la corporal, otras en donde no se habla de los

problemas ni se expresan los sentimientos y las emociones, unas más en donde no se puede existir sin referirse a los demás, y algunas que propician la autonomía; cada familia va transmitiendo con palabras o sin ellas, lo que espera de cada integrante.

Así, la socialización del niño se realiza a través de los actos cotidianos, de la participación en las reuniones familiares, en las actividades lúdicas, deportivas o religiosas. Cada una de esas actividades representa una posibilidad de comunicarle las reglas, los valores, las formas de ser y de existir.

Otro de los papeles de la familia es transmitir una memoria, no solo del núcleo actual sino de los anteriores, pues toma sus raíces en la genealogía de cada uno de los linajes. De acuerdo con Muxel, la memoria familiar tiene tres funciones: de transmisión, de vínculo ligada a la experiencia afectiva y, finalmente, de reflexión ligada a la idea de destino.<sup>6</sup>

El peso de la historia familiar y el impacto sobre sus descendientes es más importante de lo imaginado. La historia familiar funciona como soporte de la construcción de la identidad, aunque en algunos casos el sujeto también puede tener la sensación de estar encerrado en callejones sin salida; razón por la cual a veces experimenta el deseo de romper con los lazos familiares.

Leclair señala que la construcción del sujeto se hace a partir del reconocimiento de la pertenencia a un proyecto familiar, pero, además, de la posibilidad de alejarse de él para construir uno propio.<sup>7</sup> A pesar de que esta tarea representa dificultades, el joven se encuentra frente a una disyuntiva:

No puedo ser lo que mis padres desean porque tengo que devenir yo mismo, pero a la vez, no puedo contradecir completamente su proyecto para poder seguir siendo reconocido y amado por ellos.

En esta dialéctica el sujeto se mueve en un mundo de contradicciones y de conflictos. Según Leclair, se debe trascender el ideal del yo construido, en relación con el deseo de su padre y madre, para dejar emerger el deseo propio.<sup>7</sup> En ese sentido, Gaulejac especifica que el individuo es producto de la historia y hace historia; es un movimiento de *recursividad* entre lo que produce al sujeto y lo que el sujeto produce en la sociedad. Por eso se habla de una función de historicidad del sujeto singular y colectivo.<sup>8</sup>









Foto: Edith Flores. Acervo del CNEGSR

La identidad de una persona se construye tanto por los eventos vividos que forman el entramado de su biografía, historia singular y única, como por elementos comunes a su familia, su medio, su clase de pertenencia, su cultura, que lo posicionan como sujeto socio-histórico. La identidad es, entonces, el resultado de la dialéctica entre lo singular y lo social que se plantean como algo indivisible.

La sucesión de generaciones inscribe sus efectos en cada uno de los miembros de una familia. Cada persona está ligada a las/os otros por una serie de lazos económicos,

ideológicos, afectivos, que operan sin que la persona los identifique plenamente. El sujeto está limitado (sujetado) por esos lazos en su libertad de movimiento; sin embargo, esos vínculos también insertan al individuo en una red relacional que implica al tejido familiar, social y cultural.

La configuración de un árbol genealógico muestra cómo el individuo es el producto de alianzas sucesivas ampliadas a medida que se profundiza en la historia familiar. Como una *matruska*, la historia individual está inserta en una historia familiar y ésta en una historia socio-cultural.

Cada quien se inserta en esta red que sitúa su lugar, su identidad. En este sentido, el ser humano ejerce su función de historicidad.<sup>8</sup>

Desde la sociología clínica se plantea el concepto de proyecto parental que tiene que ver con la transmisión de valores, deseos, aspiraciones;<sup>9</sup> éste puede ser contradictorio entre la madre y el padre, pues es difícil encontrar familias en donde ambos tengan el mismo proyecto para sus hijas/os. Más aún, esta inconsistencia se transmite en el propio mensaje, de tal forma que un sujeto hereda las contradicciones de sus antepasados y particularmente las de su madre y padre, quienes a menudo les transmiten conflictos no resueltos.

El proyecto parental también se enlaza cuando menos con dos linajes: el paterno y el materno. Sin remontarnos a los de los abuelos, los linajes en una familia no tienen la misma predominancia; comúnmente, el de más prestigio social o económico domina a los otros. Así, el proyecto parental está compuesto por negociaciones implícitas o explícitas; por esa razón, las hijas y los hijos retoman el proyecto de padres, madres y abuelos resultando familias de abogados o de médicos, por ejemplo. En México encontramos una predisposición a identificarse con el linaje materno sobre el paterno.

En muchas familias el proyecto no es claro o está compuesto por nociones abstractas: “yo quiero que mi hijo sea feliz” o “yo quiero que mi hijo sea alguien en la vida”; en este caso, el hijo debe traducir: ¿cuál es el mensaje?, ¿qué contenido tiene esa felicidad o ese reconocimiento: prestigio, fama, dinero, o no se trata de bienes materiales? Son las interrogantes que muchas personas hemos tenido que resolver, y entender cómo nos hemos apropiado de los proyectos de nuestros padres y madres, aunque sea para contradecirlos.

Gaulejac establece cuatro niveles que permiten comprender la influencia del proyecto parental en los hijos:<sup>9</sup>

- El inconsciente, aspecto relacionado con el narcisismo y la construcción de la idealidad.
- El afectivo, referente a la forma de expresar las emociones y que influye en las identificaciones del niño o niña.
- El ideológico, vinculado con las normas y las maneras de ser de los modelos de identificación que ofrece la familia.
- El sociológico, referido a las posiciones sociales de las familias.

Así, el proyecto parental no es solamente el resultado de los deseos de las madres y los padres; de igual forma, está enlazado con las posiciones sociales de éstos. De acuerdo con Bourdieu, las aspiraciones de las personas tienen que ver con el lugar que se ocupa en la sociedad.<sup>4</sup>

La mayoría de las madres y los padres desean que sus hijas/os tengan un oficio o una profesión similar a la de ellos, y si han recorrido un camino en la ascensión social quisieran que sus hijos lo continuaran. Por el contrario, si se encuentran en descensión social, hay una demanda implícita o explícita de que las y los hijos deben recuperar esa posición social.

De la misma forma, el deseo en el proyecto parental es matizado tanto por el imaginario, como por los deseos y la ubicación social e ideológica de madres y padres. Bourdieu asegura que para entender las aspiraciones de alguien, hay que comprender el motivo por el cual surge ese deseo; es decir, cuál es el medio social de los padres.<sup>4</sup>

En un estudio entrevistamos a madres y padres migrantes de Oaxaca quienes viajaban con sus hijas/os a los campos de tomate del norte del país para trabajar en la recolecta. A la pregunta sobre qué pensaba que sería su hijo cuando creciera, un padre de familia respondió: “pobre como nosotros”.<sup>3</sup> En nuestra opinión, este ejemplo ilustra bien la afirmación de Bourdieu. En el caso de las/os jóvenes en situación de calle, hay una ausencia de proyecto parental, y los modelos de identificación posibles son adultos transgresores, violentos y abusivos.

Desde el psicoanálisis, se afirma que para conformar nuestra estructura psíquica debe haber un tercero que propicie la separación de la relación fusional de la madre con su hija/o; aunque al principio de la vida es necesaria, requiere transformarse para facilitar su desarrollo. Ese tercero casi siempre representa la ley.

En tanto, la función paterna, de acuerdo con Lacan, no siempre está encarnada en el padre, sobre todo cuando hay una ausencia física de éste.<sup>10</sup> Ese papel puede ser representado por otra persona, otra mujer o, incluso, alguna institución. Lo importante es limitar el deseo de la madre e imponer la prohibición del incesto. La función paterna proporciona las normas necesarias para la estructuración social del sujeto.

Aquesta y Vergel agregan que la paternidad se erige también como una función psico-cultural, haciendo posible el distanciamiento de lo instintual-pulsional, al permitir el acceso al universo de lo simbólico, aspecto

central en la constitución del lazo social.<sup>11</sup> Los mismos autores señalan que en la actualidad, muchas madres y padres tienen problemas para marcar límites a sus hijos, lo cual redundará en autoagresión y violencia en diferentes formas. Un planteamiento importante de la reflexión de Aquesta y Vergel en relación con el caso de las y los jóvenes callejeros, es que la imposibilidad de discriminar entre lo bueno y lo malo, entre lo ético y lo corrupto, les sitúa en una posición de desamparo moral.<sup>11</sup>

Las y los jóvenes callejeros hacen frente a padres y madres transgresores, muchas veces perversos, en donde el abuso va desde la violencia física y verbal hasta la violencia sexual. Estos hechos precipitan la salida del joven a la calle en donde se encuentra con un mundo dominado por la corrupción, la impunidad y el abuso de la autoridad. Las instituciones, que podrían paliar la falta de contención y de protección, de igual forma fallan al propiciar que la/el joven viva en un universo donde no hay aplicación de la ley.

Los secretos de familia, continuando con Gaulejac, están ligados con hechos inconfesables —como la violación o el incesto— y producen el efecto contrario que buscan.<sup>8</sup> El secreto que busca aparentemente proteger a la familia produce una necesidad de saber que ésta se encuentra detenida por el miedo, la prohibición y por el sentimiento de traición. El sujeto se siente perseguido por los fantasmas que producen los secretos de familia sin atreverse a actuar.

El mismo autor ve que los problemas de transmisión, en el caso de los secretos, no se pueden pensar desde un trabajo analítico en el sentido clásico del término, puesto que no provienen sólo del sujeto mismo —su inconsciente—, sino de su inscripción en la historia familiar. El secreto no se relaciona con la represión sino con la prohibición de saber. El sujeto sabe que no sabe. El secreto pone en peligro el orden genealógico y por esta razón perturba la totalidad del grupo familiar.

Encontramos familias, por ejemplo, que han querido ocultar un incesto en generaciones anteriores, y si éste se repite en las generaciones presentes o produce tal confusión genealógica, el individuo tiene una gran dificultad de ubicar los lugares de sus antecesores.

Hemos constatado que, en algunos casos, estos desórdenes e *impasses* genealógicos están ligados con procesos psicóticos, y a pesar de que no siempre derivan en procesos patológicos, producen contradicciones y conflictos, muchas veces insalvables hasta que no se resuelva el secreto.

## Características de las familias expulsoras

A lo largo del trabajo de investigación realizado con niños y jóvenes en situación de calle, hemos observado ciertas características que se producen en las familias y que dificultan su desarrollo.<sup>12,13,14</sup>

- Ejercicio de violencia simbólica, verbal y física
- Alto índice de abusos sexuales
- Alto índice de consumo de alcohol y drogas
- Falta de contención y relaciones afectivas positivas
- Falta de deseo y de proyecto para las y los hijos
- Dificultad de relación con las instituciones
- Dificultades para simbolizar y elaborar

En la mayoría de las ocasiones, la situación de violencia, de maltrato, es tal que la única salida posible para los chicos es vivir en la calle. Muchos de ellos pasaron antes por diferentes posibilidades como vivir con algún pariente: (tíos, abuelos o hermanos), pero sin hallar en esos espacios familiares un lugar de aceptación y de cuidado.

Por otro lado, la salida de jóvenes a la calle no siempre está acompañada de dificultades económicas de la familia, puesto que hemos conocido a algunos en esa situación, cuyas familias pertenecen a la clase media. Hemos distinguido también eventos biográficos desencadenantes de la salida a la calle: la muerte de la madre o del padre, o el divorcio o la separación, hecho que conlleva cohabitar con la nueva pareja del padre o de la madre y que puede ser motivo de violencia física o sexual para niñas y niños.

Otro elemento observado en las historias de esos jóvenes es la falta de lugar en la familia, situación asociada frecuentemente con haber sido un hijo no deseado, producto de relaciones violentas en el seno de familias desarticuladas, o que han vivido la violencia por varias generaciones. En estas familias las madres y los padres no representan un sostén para los hijos y no hay otra figura que pueda sustituir esta función.

Encontramos igualmente a mujeres con hijos de diferentes parejas y en otros casos, el padre está ausente. Muchas veces estos jóvenes deben trabajar desde edades tempranas, pero al saber que pueden tener un ingreso propio muestran dificultades para aceptar las reglas; esto puede trastocar los papeles en la familia, pues en algunos





Foto: Edith Flores. Acervo del CNEGR

casos toman el del padre ausente. En ciertas ocasiones, las personas que se hacen cargo de ellas/os no trabajan y el sostén recae completamente en el trabajo infantil o juvenil.

En las familias expulsoras no hay posibilidades de hablar ni de elaborar los problemas, y a menudo no hay manifestaciones positivas de afecto; el único intercambio en esos casos es a través de la violencia. Estas condiciones se presentan frecuentemente en familias en donde el consumo de alcohol y de drogas es importante. En estos casos, las abuelas son quienes intentan hacerse cargo de las niñas y niños abandonados o descuidados por los padres; sin embargo, con frecuencia su situación económica es difícil, y por su edad no pueden responder a las necesidades materiales, afectivas y existenciales de esos chicos.

No todas las niñas y niños que viven ese tipo de experiencias difíciles terminan en la calle, pues a partir de esas puede cobrar fuerza la singularidad de la historia personal, pero quienes no encuentran un lugar en la familia reaccionan con rebeldía y buscan grupos de pares que sustituyan los lazos familiares.

Este tipo de grupos les ofrecen la posibilidad de descubrir actividades diferentes, de tener modelos de identificación con jóvenes de más edad que parecen confrontar la dureza de la vida con fuerza, quienes les llevan a consumir droga —evento que precipita la salida a la calle— y a una vida aparentemente sin reglas ni restricciones. Conocimos el caso de un joven cuyos hermanos estaban en la universidad, motivo por el cual ya “no podía” regresar a su casa, pues iba

a “contaminarlos” porque él ya había probado las drogas y vivido en la calle.

Aquí comienzan lo que Lucchinni llama la *carrera del niño de la calle*, cuando éste pasa tiempos prolongados fuera de casa, despegándose paulatinamente de la familia, hasta abandonarla definitivamente.<sup>15</sup> Con las observaciones de Lucchinni se constata que el niño difícilmente sale de su casa para quedarse definitivamente en la calle, salvo en caso de abandono total.<sup>15</sup>

Hemos conocido casos de jóvenes que trabajan y socializan en la calle, incluyendo el intercambio de droga, y entre varios rentan un cuarto para dormir. En un trabajo realizado en la zona de Tepito (al norte de la Ciudad de México) se observó que a pesar de que algunos jóvenes obtienen suficiente dinero para rentar un cuarto de hotel cada noche y que el total acumulado sería suficiente para una renta mensual y ahorrar dinero para un espacio propio, no muestran interés por hacerlo.

Su vida está regida por el aquí y el ahora, y no saben si podrán tener el dinero suficiente para pagar el cuarto o si tendrán que pernoctar en la calle. Parecen tener mucha resistencia a la idea de estabilidad y de la posibilidad de hacer planes a futuro.<sup>16</sup> Esta lógica, la cual forma parte de las significaciones culturales de la calle, también les protege de decepciones posteriores: quien no tiene nada no teme a la pérdida.

### Procesos sociales relacionados con las dificultades de las familias

A pesar de que la familia aparece como responsable en primer plano de la salida de jóvenes a la calle, no podemos quedarnos con la idea de una familia “disfuncional”, como si se tratara de una patología singular. Son estructuras vulnerables pero se han fragilizado aún más debido a distintos determinantes sociales. Se trata en muchos casos, tal cual se dijo en principio, de familias que han migrado en generaciones anteriores, sin tener cabida en un espacio social a partir del trabajo o de la escuela y que, además, han perdido los lazos con su comunidad, la cual les daba identidad cultural y social.

Macías muestra que las familias de origen indígena buscan seguir utilizando las mismas formas de socialización practicadas en sus comunidades, como el cuidado colectivo de sus niñas/os, pero en la urbe ya no cuentan con las condiciones sociales para hacerlo, por lo que terminan solos en las calles, involucrándose en actos delictivos, en la prostitución o consumiendo sustancias

adictivas, lo que ocurre frecuentemente en la Zona Rosa (colonia Juárez, delegación Cuauhtémoc, DF); hechos aunados a situaciones de discriminación y de marginación.<sup>17</sup>

Las instituciones que atienden a estas poblaciones se han caracterizado históricamente por ser asistencialistas, lo cual impide que estas familias sean autónomas o que emprendan nuevos proyectos, y no favorecen nuevos aprendizajes ni estrategias para salir de una cultura de la pobreza. Los programas gubernamentales brindan una ayuda económica —con frecuencia por motivos clientelistas— pero las familias terminan siendo dependientes.

Nos hemos enfrentado a una falta de equidad social y legal, incluso, a una gran discriminación hacia estas poblaciones. En los hospitales públicos, por ejemplo, que deberían dar una atención gratuita, rechazan a la gente más pobre y desprotegida, particularmente a la gente de calle. Integrantes de nuestro equipo de trabajo han tenido que acompañarles en muchas ocasiones para su atención.

Lo anterior deja ver los grandes vacíos en materia de educación y de atención a la salud que mejoren las condiciones de las familias con las dificultades aquí mencionadas. Por otra parte, se carece de programas para madres y padres sobre cómo educar a sus hijos o para resolver problemas como el analfabetismo funcional y las carencias sociales.

En ocasiones hemos hallado organizaciones comprometidas con jóvenes en riesgo, la mayoría de ellas pertenecientes a la sociedad civil y algunas gubernamentales que cuentan sobre todo con el compromiso de las/os educadores, quienes a pesar de carencias materiales y poco presupuesto, realizan actividades para paliar los problemas cotidianos de esa población infantil y juvenil, como la higiene, la alimentación y los espacios para las tareas escolares.

Aguado y Albarrán constataron que quienes participan en alguna de estas organizaciones provienen de situaciones de precariedad y de pobreza; ahí su compromiso con este tipo de población.<sup>18</sup>

### Las y los jóvenes en situación de calle

La repetición de la violencia en los grupos de pares y la identificación de los jóvenes con lo negativo y lo abyecto, son los elementos más sobresalientes en las investigaciones y las relaciones que hemos establecido





Foto: Edith Flores. Acervo del CNEGSR

con las/os pobladores de las calles.<sup>12,13,14</sup> Al final de toda la cadena de dificultades de tipo social, familiar y personal, los muchachos viven entre pares con relaciones complejas y alta violencia; al mismo tiempo, hay lazos de solidaridad.

Algunas veces nos hemos preguntado por qué si huyen de la violencia de sus casas, recrean una violencia aún mayor en los grupos de pares y con otras personas que encuentran en su vida cotidiana en la calle —vendedores de droga, delincuentes, adultos con más tiempo viviendo en la calle o policías— que tienden a explotarles y a abusar de ellos. Una posible respuesta es que el hecho de que ellas/os participen en la violencia, les sitúa en un papel activo, no solo como víctimas.

En otros casos, en particular de las mujeres, el espiral de violencia les impide poder salirse de él, ya sea por miedo, porque encuentran cierta seguridad en la posición de víctima, o por el hecho de no poder encontrar un lugar en sus familias de origen.

La historia de duras condiciones de subsistencia de las y los jóvenes viviendo en las calles propician una actitud de desconfianza hacia el otro, acostumbrados a poner en primer plano la imagen —estereotipo— que se espera de ellos: tratan solamente de sacar provecho material de los contactos en la calle.

Detrás de la primera apariencia, esa población responde de manera sensible a un trato afectuoso y justo con quien se relaciona con ellas/os. En el trabajo de investigación-intervención desde una perspectiva etnográfica realizado durante dos años por Flores, constatamos que con una presencia constante, las/os jóvenes la tomaron como una adulta referente para pedirle ayuda en momentos de dificultad, y estuvieron dispuestas/os a compartir anécdotas importantes de su vida pasada y de su estancia en la calle.<sup>16</sup>

## Conclusiones

Este recorrido a través del papel de la familia para el individuo y las razones por las cuáles las y los jóvenes salen a la calle, muestra hasta qué punto la familia es una correa de transmisión social, lo que implica pasar al sujeto la historia de los linajes que lo conforman: el materno, el paterno, el de los abuelos y bisabuelos, encarnándose en cada descendiente, llenos de conflictos, *impasses*, pero además de placeres y proyectos.

La familia también refleja la situación social de un país: desigualdades, injusticia, falta de trabajo y migraciones forzadas por falta de apoyo gubernamental al campo. Las y los jóvenes en situación de calle son el último eslabón de toda esta serie de dificultades que vivimos en nuestra sociedad y de la falta de un relevo institucional para paliar lo que la niña o el niño no reciben en su casa.

Este proceso hace que no haya otra salida posible para ellos que la calle, la cual ejerce una especie de fascinación y de atrapamiento en situaciones sin límite, y en donde la supervivencia y el sentido de omnipotencia mantienen a la/el joven en un espacio de muchos riesgos físicos y psicológicos.

Es frecuente en la literatura sobre jóvenes en situación de calle que les responsabilicen, o a sus familias, del lugar en que se encuentran. Las políticas sociales van en ese sentido; en ellas se ha venido eliminando la responsabilidad del Estado para disminuir y erradicar las desigualdades en nuestro país, por los que la pobreza va en aumento constante.

Es necesario que esta situación no se vea como un problema individual o familiar; ante todo, es social. Las y los jóvenes en la calle son consecuencia de una sociedad injusta, en donde los derechos mínimos no se garantizan para una gran parte de la población. Es importante crear programas institucionales que vean a estas/os jóvenes como sujetos de derecho, asegurar que tengan documentación básica, educación, atención a la salud y acceso a una formación para poder trabajar y tener un ingreso fijo.

Winnicott, psicoanalista inglés, al dedicar parte de su vida a trabajar con adolescentes delincuentes, pudo constatar que las/os jóvenes pueden vivir con mucha ansiedad sus capacidades destructivas, pero la presencia constante y firme de una persona adulta pudo ayudarles a sentir que esos impulsos destructivos son controlables.<sup>19</sup>

En las intervenciones-investigaciones realizadas por nuestro equipo, se pudo observar cómo las personas adultas que se relacionan con esta población pueden identificarse con ellas/os, aunque se requiere de mucha constancia y una presencia prolongada de un adulta/o fiable.

Poner límites no tiene que ver con la utilización de la violencia, que es justamente la reacción que produce a menudo este tipo de jóvenes. La violencia, es vivida como una intromisión del otro al campo psíquico y físico de la víctima, por lo tanto, se vive el lazo como peligroso que, a menudo, es lo que estos jóvenes han vivido en su historia personal. Se requiere, entonces, una actitud firme, constante, pero serena, que permita visualizar en el y la joven otro tipo de vínculo, lo cual redundaría en beneficio de su salud.

## Referencias Bibliográficas

1. Gaulejac V. Historia de Vida: Entre sociología clínica y psicoanálisis. En: Gaulejac V, Taracena E, Rodríguez S, coordinadoras. Historia de Vida. Psicoanálisis y Sociología Clínica. México: Universidad Autónoma de Querétaro; 2005:19-47.
2. Taracena E. La sociología clínica. Una propuesta de trabajo que interroga las barreras disciplinarias. Veredas 2010; (Número especial).
3. Taracena E. Schooling Model for Working Children in Mexico. The Case of Children of Indian Origins Working as Agricultural Workers for the Harvest. Childhood. A global journal of child research 2003 August; 10(3):365-389.
4. Bourdieu P. La distinción. Paris: De Minuit; 1979.
5. Bourdieu P. Question de sociologie. Paris: De Minuit; 1980.
6. Muxel A. Individu et mémoire familiale. Paris: Essais et Recherches Edition Nathan; 1996.
7. Leclair S. On tue un enfant. Paris: Le Seuil; 1975.
8. Gaulejac V. de. L'histoire en heritage. Paris: Desclée de Brower; 1999.
9. Gaulejac V. El proyecto Parental. En: Gaulejac V, Taracena E, Rodríguez S, coordinadoras. Historia de Vida. Psicoanálisis y Sociología Clínica. México: Universidad Autónoma de Querétaro; 2005:91-101.
10. Lacan, J. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós; 1999.
11. Aquesta A, Vergel G. El síndrome de la función paterna en fuga. Hologramática 2010 Año VII; 12(3):73-83. Disponible en: [http://www.cienciared.com.ar/ra/usr/3/514/hologramatica\\_n12vol3pp73\\_83.pdf](http://www.cienciared.com.ar/ra/usr/3/514/hologramatica_n12vol3pp73_83.pdf)
12. Taracena E. Hacia una caracterización psico-social del fenómeno de callejización. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud 2010; 8(1):393-409.
13. Taracena E, Macedo M. Violencia social, violencia familiar, el Sida en los jóvenes de la calle. En: Taracena E, coordinadora. Un enfoque cualitativo de investigación: problemas sociales, de salud y de educación. México: UNAM- FES-Iztacala; 2006:171-185.
14. Saucedo I, Taracena E. Habitar la calle: pasos hacia una ciudadanía a partir de este espacio. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud 2011; 9(1):269-285.
15. Lucchini R. Sociología de la supervivencia. El niño y la calle. México: Universidad de Fribourg-UNAM; 1998.
16. Flores E. Proyecto: Género, corporalidad y uso de drogas. Estudio cualitativo con un grupo de jóvenes en situación de calle. México: Becas Posdoctorales FES-I, UNAM; 2010.
17. Macías R. La educación del niño indígena de y en la calle, Colibrí una comunidad N'ha N'hu. (Tesis para candidatura doctoral); México: UNAM-FESI; 2011.
18. Aguado I, Albarrán G. El educador de niños en riesgo de calle frente a su implicación en la tarea docente. En: Taracena E, coordinadora. Un enfoque socioclínico del fenómeno de la vida en la calle. En prensa. México: UNAM-SEP; 2012.
19. Winnicott D. Deprivación y Delincuencia. Argentina: Paidós; 2005.